

ARIAS MALDONADO, M. *Antropoceno: La política en la era humana*, Barcelona, Taurus / Penguin Random House Grupo Editorial, 2018, 256 pp.

El Antropoceno se comprende como la nueva época geológica determinada por la acción antropogénica capaz de modificar el sistema planetario, tomando a la humanidad como un agente protagonista en el traslado de la Tierra hacia un nuevo estado y siendo el cambio climático la principal de sus manifestaciones. Así define Manuel Arias Maldonado este recién llegado concepto en el prefacio de su obra, *Antropoceno: La política en la era humana*. El autor, profesor titular de Ciencia Política en la Universidad de Málaga, trata de ofrecer con ella una buena base de información acerca de los distintos posicionamientos y discusiones en el mundo académico sobre las razones para la aceptación o el rechazo de la existencia de este posible nuevo momento de la historia planetaria marcado por el hombre. La obra está dividida en seis partes principales o capítulos, a lo largo de los que se van añadiendo ingredientes para que el lector conozca el significado del Antropoceno, comenzando por la interpretación de lo aportado por la ciencia, pasando por una reformulación del concepto de naturaleza y la divergencia entre tiempo social y natural, y terminando con las implicaciones políticas y morales de todo lo expuesto.

Así, el término Antropoceno viene a designar por un lado una época geológica del planeta, evidenciada por el registro fósil de una de las especies que se encuentran en él, la humana, pero también un estado de las relaciones sociales

y naturales establecidas por ella, dada su impronta antropogénica o capacidad adaptativa agresiva, que cuenta con una magnitud global, de modo que ningún rincón de la naturaleza acaba por no ser afectado por ella. Para su estudio, nos explica Arias Maldonado al principio de su obra, será necesario primeramente contar con un incuestionable núcleo científico que tome cuenta de la Tierra como sistema complejo y que permita, en segundo lugar, reflexionar sobre los efectos sociales de las evidencias encontradas por las distintas ciencias, dado que “[m]ientras los hechos científicos son unívocos, sus significados sociales pueden ser múltiples; tenemos, pues, la obligación de discutir estos últimos, sin cuestionar por ello los primeros” (Arias Maldonado, 2017, p. 42). El Antropoceno pretende erigirse así en un concepto no solo científico, sino también normativo, con consecuencias sociopolíticas y un significado que será debatido por otros modos de conocimiento. En este sentido, el registro fósil de la humanidad adquiere un peso simbólico que conduce a la sociedad a conocer y cuestionar su propia complejidad.

En el primero de los capítulos, titulado “Para comprender el Antropoceno”, el autor enumera los principales problemas medioambientales que constituyen el fundamento científico para pensar en una nueva época geológica. Todos ellos son resultado del gran impacto global de la acción humana, que termina por modificar los procesos naturales del planeta. Aparte, se discute la difícil tarea de fijar una fecha concreta para su comienzo. Arias Maldonado sostiene que la elección del momento de inicio del Antropoceno dependerá del criterio del que

echemos mano, de si atendemos más a sus causas o a sus efectos observables, y de si otorgamos más importancia a los factores geológicos o a los socioeconómicos. En cualquier caso, parece conveniente optar por un marcador tardío que transmita que aún nos encontramos en el periodo de transición del Holoceno a la nueva época, de forma que se dote de sentido a una acción colectiva que pueda llegar a guiarla. Además, dar más importancia a los efectos ocurridos en el planeta permitirá seguirnos cuestionando sus respectivas causas y un mejor reconocimiento de las responsabilidades detrás de su ejecución. Por otro lado, frente a los autores que atribuyen la llegada del Antropoceno a sociedades particulares o al sistema liberal, el autor argumenta que en todo individuo, grupo o sociedad de la especie humana puede divisarse un impulso adaptativo con carácter transformador en favor de la supervivencia. Pero al mismo tiempo que este principio es universal, se dan formas particulares de adaptación dependiendo del contexto. Tiene sentido entonces hablar de la humanidad en general como causante del Antropoceno, pero es tarea de los científicos sociales situar en distintos niveles cada una de las distintas atribuciones o responsabilidades.

El segundo capítulo, titulado “*Finis Naturae?*”, plantea el interrogante de si el comienzo de una nueva época geológica basada en la actividad antrópica supone el fin de la naturaleza en su estado original. Para el autor sí puede hablarse de un fin de la naturaleza en tanto que los procesos naturales han perdido su autonomía y dependen del influjo antropogénico. Pero del mismo modo la actuación humana no puede separarse

nunca completamente de una base natural. Se da así una imbricación total de los sistemas sociales y naturales en todas las dimensiones de la realidad, por lo que “[r]econocer que el mundo natural retiene elementos de independencia es, no obstante, compatible con la afirmación de su final” (p. 66). Por esta razón es necesaria una nueva definición de lo natural que supere su clásica concepción como ausencia de influencia humana, y asuma la mezcla siconatural que se da en toda la realidad en mayor o menor medida. Esta gran hibridación nos lleva a una naturaleza gradual que tendrá sus implicaciones en las estrategias de sostenibilidad, protección y restauración en el Antropoceno. Para la primera de ellas, por ejemplo, la noción ampliada de capital *cultivado* será la que más se ajuste a una idea que pasa a ser igual de cambiante y dinámica que la propia relación siconatural. En cuanto a la segunda, deberemos aprender a detectar la *otredad* en la *semejanza* con respecto al mundo natural para inventar formas de conservacionismo en base a una perspectiva híbrida. Por último, la restauración de la naturaleza debe orientarse a la supresión de las actuales fuentes de degradación ambiental. Todas estas técnicas deberán ser complementadas con el objeto de proteger la biodiversidad y los ecosistemas al mismo tiempo que se construye un suelo firme para un justo desarrollo humano sostenible.

La tercera parte de la obra, “Fuerzas telúricas: la venganza de Gaia”, pone de manifiesto la dimensión telúrica que el Antropoceno posee, capaz de neutralizar la agencia humana supuestamente controladora del sistema planetario y de su destino. Surge en este punto lo que

Arias Maldonado llama la “ambigüedad radical del Antropoceno: mientras su faceta ecológica sugiere la posibilidad de que el ser humano llegue a controlar las relaciones sionaturales, su dimensión geológica apunta en sentido contrario” (p. 109). Desde esta perspectiva hallamos una segunda cara de la hibridación sionatural, pues no solo el hombre con su trabajo hace productiva la naturaleza, sino que esta misma moldea el rango de la agencia humana. Por estos motivos, en el Antropoceno debemos reconocer la existencia de una agencia no intencionada por parte de los actantes naturales y otra agencia humana que, deliberada o no, acaba por ser mucho más poderosa que el resto. Lo que diferencia a ambas es en realidad la autoconciencia, la capacidad de desarrollar dichos poderes y hasta contar con su control, de manera que en la nueva época geológica será el ser humano el que cuente con una especial responsabilidad, puesto que a pesar de no ser el centro de todas las cosas, será el único capaz de reconocer y estudiar el daño de sus actos, pudiendo limitarlos y escogerlos.

El cuarto capítulo, “Un animal problemático”, aborda el sentido antropológico del comportamiento adaptativo humano, para lo que resulta necesario introducir una perspectiva de especie que dé cuenta de la agregación de acciones individuales propia de la magnitud de la agencia humana. De este modo, la adaptación al medio característica de las sociedades replantea el problema filosófico de la naturaleza humana y la cuestión de si el hombre se encuentra inevitablemente destinado a un futuro antropocénico. Tomando este principio como base, será conveniente procu-

rar un metarrelato que responda a esta cuestión evitando un significado único y despolitizado, y que aglutine distintas perspectivas desde el naturalismo y el culturalismo. Dicho metarrelato tendría en cuenta la excepcionalidad humana, es decir, aquel conjunto de diferencias con el resto de las especies que posibilita el distanciamiento del mundo natural y la colonización del medio. En definitiva, la base natural humana ha hecho emerger una cultura organizadora de la naturaleza que a su vez humaniza el entorno. De hecho, mediante su explotación, su adoración, a través de actos cooperativos o simbióticos, los humanos siempre han tratado de transformar la naturaleza para su beneficio. Y dado que sabemos que todas las poblaciones, en mayor o menor grado, acabarán ejerciendo su influencia sobre el medio natural, esta adaptación agresiva será vista por el autor como el rasgo constitutivo de la especie humana.

El quinto capítulo, titulado “Encerrados en el laboratorio global”, discute las implicaciones morales y políticas del estado actual de las relaciones sionaturales y la transición hacia el Antropoceno. Por lo ya argumentado en la obra, la humanidad es un agente reflexivo capaz de coordinar sus acciones y orientarlas a una forma de organización deseable. En este sentido, aparece la cuestión de si el desafío antropocénico llevará a las sociedades pluralistas del momento a estructurarse de un modo unificador para solucionar los problemas globales. Sin embargo, la realidad es que la humanidad no ha terminado de creer en la peligrosidad de la nueva época geológica como para que se dé una línea moral compartida. Además, “[l]a pluralidad

del *anthropos* y la ambivalencia de las relaciones sionaturales a gran escala hacen imposible definir una moral única para el Antropoceno”. (p. 151). Por ello, debemos hablar preferiblemente de diversas orientaciones morales (*frugalidad, contención, ilustración, audacia*) que derivarían en dos posibles formas macropolíticas generales en la época planetaria: la contención del experimento terrestre por medio de prohibiciones en pos de un “espacio de seguridad” a partir de lo conocido por las evidencias científicas (decrecimiento), o la aceleración de tal experimento en base a formas de ingeniería ecológica y el refuerzo deliberado de *feedbacks* negativos para favorecer la sostenibilidad (innovación técnica). Ambas estrategias dependen, en el fondo, de la percepción social de los límites naturales del debido aprovechamiento de los recursos, más que de los impedimentos de las condiciones ambientales. Por esta razón, teniendo en cuenta la improbabilidad de un futuro que no cuente con una relación con la naturaleza fuertemente mediado por la técnica, y ante el riesgo del obstruccionismo por parte del ecologismo, Arias Maldonado apuesta por pensar en las políticas del Antropoceno teniendo en cuenta el ideal de progreso y mejoramiento material de la cultura contemporánea, sin olvidar que las ventajas presentadas por la sociedad liberal son la principal fuente de problemas como el cambio climático.

En el sexto y último capítulo, “Normas para el parque posnatural”, el autor malagueño discute las dificultades que el Antropoceno plantea a las sociedades liberales del presente siglo. Se trata de decidir cómo y cuánto limitar una libertad individual en favor de la sostenibilidad,

dado que su ejercicio tiene la consecuencia de la desestabilización del sistema terrestre por la agregación de los efectos de las acciones privadas en conjunto, que acaba por tener implicaciones en el ámbito público. Según Arias Maldonado, no queda claro que el crecimiento económico característico de nuestras sociedades sea necesariamente insostenible, pero sí podemos afirmar que una economía fósil esté cerca de serlo. Por consiguiente, debemos encontrar aquel modelo de crecimiento que presente sostenibilidad y sea dinámico al igual que las relaciones sionaturales, que el autor identifica con la democracia liberal, sistema que además permite tomar conciencia ambiental a sus ciudadanos, algo fundamental para responder a la pregunta sobre la sociedad que deseamos habitar en el Antropoceno. De este modo, cuando analizamos los problemas de una soberanía que en el futuro nunca se dará de manera efectiva plenamente, y una escala global sobre la que proyectar la forma política para un *demos* nunca antes tan inmenso, descubrimos un primer método de democratización de la nueva época geológica, frente a la posibilidad de una democracia fuerte a escala planetaria, que consistiría en una gobernanza medioambiental, ambiciosa, eficaz e internacional. Un segundo método radicaría en el desarrollo de un continuo debate, dentro de la salvaguardia tecnocrática de la sostenibilidad, a través de un sistema representativo que fomentase la conversación pública sobre la sociedad deseable —pero quizás irrealizable— que se querría alcanzar, que lograrse el equilibrio entre posibilidades técnicas y preferencias populares. Finalmente, para el buen funcionamiento de

esta combinación de gobernanza internacional y debate público, sería necesaria una actitud reflexiva y consciente de las responsabilidades de la conducta en la inesperada realidad antropocénica por parte de los ciudadanos, permitiendo así fundamentar una ética de mínimos con virtudes que puedan fundamentar una posible ciudadanía ecológica.

Por último, en el epílogo de la obra, “Instrucciones para olvidar el Holoceno”, se destaca que solo en algunas ocasiones ciertas actitudes y estrategias se han coordinado, por parte de los ciudadanos, gobiernos o empresas, para hacer frente a problemas del Holoceno, por lo que Arias Maldonado sentencia que serán solo los futuros acontecimientos climáticos los que tendrán suficiente fuerza simbólica para alertar a los ciudadanos de que se debe priorizar el asunto de la gestión planetaria en la agenda política. Por otro lado, en oposición a las ideas del ecologismo cásico, basadas en la desesperación en nombre de una prudencia que nos impide ver el nuevo momento geológico como oportunidad, el autor malagueño sostiene que “necesitamos una utopía para el Antropoceno, en sentido rortyano: un relato capaz de alimentar la esperanza social en un futuro mejor y de dirigir el esfuerzo colectivo en esa dirección” (p. 221).

Con todo esto, Arias Maldonado logra transmitir el significado del Antropoceno al lector, sintetizando una gran

parte de lo debatido hasta la actualidad sobre la nueva época geológica. Lo hace con una obra accesible, estructurada en bloques temáticos y cimentada sobre una muy amplia bibliografía. Todo ello desde un enfoque multidisciplinar requerido por el concepto que se está analizando, también con la relevante pretensión última de poner de manifiesto las implicaciones morales y políticas de la entrada a la nueva época geológica, invitando así a todos los ciudadanos a iniciar un debate público sobre las nuevas sociedades que deseemos construir. La nueva época geológica se manifiesta ya en la vida de los habitantes del planeta de muchas formas, ya sea en su faceta geológica como conjunto de problemas ambientales, como la fusión necesaria de lo natural o lo social, o como convergencia entre tiempo profundo y tiempo social. Es tarea de todos reflexionar acerca de lo que todas estas manifestaciones significan, con el objetivo de actuar de modo que se impidan las peores consecuencias posibles de la desestabilización planetaria. El Antropoceno trae consigo numerosos peligros, pero justamente este hecho es lo que para nuestro autor lo convierte en una oportunidad de completar la modernidad mediante el inicio de un proceso de Ilustración ecológica.

Tiago M. ROSA GARCÍA
Universidad de Salamanca